

Regalo al Padre para los 100 años de Hoerde

A la comunidad de las Hermanas (1941)

Como regalo de octubre, suplico para ustedes un fuerte crecimiento hacia “la plena madurez de Cristo” (Ef 4,13), hacia la mayoría de edad, la independencia y la audacia en Cristo. Junto con Pablo rezo: “Por eso doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra, para que os conceda, por la riqueza de su gloria, fortaleceros interiormente mediante la acción de su Espíritu; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, y os llenéis de toda la plenitud de Dios” (Ef 3,14-19).

El camino para alcanzar esa reorientación pasa por la interiorización y realización del espíritu de la Inscriptio. Lo que se ha llamado Inscriptio -inspirándose en Agustín-Ignacio lo describe en aquella recomendable oración : “Toma, Señor, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, toda mi voluntad y todo mi corazón. Todo me lo has dado, todo te lo ofrendo sin reservas; haz con ello lo que Tú quieras. Sólo una cosa te pido: tu gracia, tu amor y fecundidad. Tu gracia para que me incline con alegría ante tu voluntad y deseos; tu amor para crearme, saberme -y a veces sentirme- amado siempre como las niñas de tus ojos; tu fecundidad para que yo sea muy fecundo para Ti y para la Sma. Virgen, para nuestra obra común. Así entonces seré rico en plenitud y no querré nada más”.

Para nosotros la interiorización [del espíritu de la Inscriptio] consiste en que en el camino hacia el Padre no separemos jamás a la Sma. Virgen de Cristo ni a Cristo de su Madre. Sobre todo cuando renovamos el acto y el espíritu de Inscriptio. En la práctica esto significa lo siguiente: junto con María, hacer del Gólgota, del altar y del tabernáculo nuestro lugar preferido. O bien: en su corazón, descubrir vivencialmente el Gólgota, el altar y el tabernáculo y de ese modo ir hacia el Padre corazón en corazón, conformando una santa trinidad.

La realización de la Inscriptio ocurre en la vida diaria. No queremos pertenecer a aquellos que al rezar saben decir mucho sobre la entrega total, pero que luego reúnen todos los caballos del mundo para que tiren del carro [de la propia, pequeña vida] y lo hagan volver atrás cuando Dios comienza a tomar en serio nuestra oración y hace con nosotros lo que Él quiere.

Esto vale especialmente cuando Dios nos lleva a la escuela del sufrimiento. Para Pablo es natural que nosotros, en nuestra calidad de miembros de Cristo, seamos asociados a su pasión, y que el padecimiento no sólo signifique colapso de fuerzas humanas sino también -y sobre todo- surgimiento de fuerzas divinas y, de esa manera, abundante fecundidad de nuestra vida y de nuestro obrar (Col 1, 24; 1 Co 4, 9). Que en los próximos meses la gracia de la Inscriptio fructifique en el sentido de la fiesta de Cristo Rey: “¡Omnia opera mea Regi crucifixo et glorioso!” Un cordial saludo y bendición para todos. J. K

“No hay que olvidar que el Poder en Blanco y la Inscriptio son el desarrolla pleno del Capital de Gracias. El Capital de Gracias da a todos nuestros sacrificios y obras un carácter apostólico, que son ofrecidos a Dios por manos de su Madre para la salvación

del mundo desde Schoenstatt. Con eso le pertenece una peculiaridad característica del instrumento: unidad de fines con Dios. Fundamento para el Capital de Gracias es la incorporación a Cristo y filiación divina, pues sólo la unión membral a Cristo y vinculación filial al Padre pueden hacer fecundas nuestras obras. Así queda señalado el segundo aspecto del carácter instrumental: unidad de sentimientos con Dios. Y lo que vale del Capital de Gracias vale en especial para lo que es su desarrollo pleno: la Inscriptio."

(Libertad interior y seguridad múltiple) "Después de hacer el Poder en Blanco y la Inscriptio, vivimos en un mundo de la libertad interior y múltiple seguridad, tal como está esencialmente vinculado a la perfecta piedad instrumental. Lo que obstaculiza nuestra libertad interior es alejado por la Inscriptio de hasta los más recónditos espacios de nuestra vida inconsciente. Ella nos ha hecho libres de nosotros mismos para hacernos perfectamente libres para Dios y la obra de Dios, al menos, en nuestra disposición fundamental, según nuestra seria voluntad y esfuerzo. Que el corazón, que se busca a sí mismo, vuelva siempre, una y otra vez, a enredarse en sí mismo y esclavizarse; que a la luz de Dios se nos muestren siempre nuevos estratos, ocultos. lúgubres de nuestra vida espiritual, que nos manifiesten sinuosidades más finas del corazón y las marañas de su yo: eso no prueba nada contra la autenticidad de la Inscriptio. Lo único que hace es darnos ocasión, la mirada alerta y con un serio esfuerzo de voluntad, para volver a decidirnos cada vez en el espíritu de la Inscriptio por el perfecto carácter instrumental de toda nuestra personalidad. Y cada nueva decisión significa un crecimiento correspondiente en la libertad interior.

La mismo puede decirse de la perfecta seguridad en Dios. El instrumento perfecto está tan totalmente vinculado a Dios en el espíritu de la Inscriptio, que la ruptura y pérdida de todas las seguridades secundarias profundizan y garantizan tanto más la seguridad de péndulo, la seguridad de nuestro nido originario ...

No debemos eludir las dificultades. ¿Cómo reaccionamos si se nos arrojan, por ejemplo, antorchas encendidas a nuestras casas? ¿Nos refugiamos rápidamente en los sótanos, en los establos? No, no queremos huir. ¿Cuál ha de ser, pues, nuestra tarea? ¡Arrojar también antorchas encendidas! ¡Ser activos, ver tareas! ...

La Inscriptio se hace porque sabemos que nuestra naturaleza posee una predisposición negativa inconsciente, una aversión inconsciente frente a situaciones determinadas que el Buen Dios nos envía respondiendo a nuestro Poder en Blanco. Esa predisposición negativa ha de transformarse en positiva. Así lo concibe la tradición ascética de siglos. Otros sistemas ascéticos consideran la Inscriptio como el duodécimo grado de la humildad o, según San Ignacio, como el tercer grado del amor al sufrimiento, pero lo ven más bien en un sentido absoluto. Nosotros, en cambio, vemos la Inscriptio condicionalmente, es decir: "si está en los planes de Dios.." No es que lo queramos en absoluto. "Te lo pido, *si* está en tus planes"...

Naturalmente esto presupone que tengamos una imagen clara de Dios, que veamos al Padre Dios como el Padre rico en misericordia, y que esa imagen compenetre e impregne la naturaleza humana hasta el subconsciente. Por eso no debemos descansar hasta que hayamos superado todas las predisposiciones negativas. Qué personalidades libres se logran así! Esta mañana me encontré con algunas chicas que vienen al colegio de aquí. Lo que ellas anhelan es ser libres y amar."